

Ezequiel, hijo de Félix y Josefa, nació el año 1848, en Alfaro (La Rioja). Fueron seis hermanos. Familia sencilla y de hondos sentimientos cristianos. Tuvo una niñez normal, fue monaguillo en las dominicas de su pueblo. Pronto mostró sus deseos de ser misionero y consagrarse al Señor. El año 1864 ingresó en el noviciado que los agustinos recoletos tenían en el vecino pueblo de Monteagudo y al año siguiente pronunció los tres votos religiosos, al que añadió el juramento de ir como misionero a Filipinas, a no ser que sus superiores ordenaran otra cosa.

Estudió con provecho filosofía y teología en Monteagudo y Marcilla (Navarra), siendo la admiración de todos por su piedad y dedicación a los estudios. Le llamaban «el Silencioso». En 1869 zarpó con otros diecisiete compañeros rumbo a Manila, a donde arribaron tras cuatro meses de navegación. Allí completó sus estudios y recibió la ordenación sacerdotal el año 1871. Ejerció su ministerio en varias islas, con muchos frutos de conversión. Todos le tenían por santo. El año 1885 sus superiores lo envían a España a regir el importante noviciado de Monteagudo, donde se preparaban los nuevos misioneros.

En 1888 empieza una nueva etapa de su vida. Se embarca hacia Colombia para restaurar la antigua provincia agustino-recoleta. Pronto un buen grupo de jóvenes vibraba al unísono del celo de Ezequiel. Es nombrado vicario apostólico de Casanare. Recorrió todo su territorio y confeccionó un interesante programa pastoral. Renovó la vida cristiana y evangelizó a los indígenas.

En diciembre de 1895 fue preconizado obispo de Pasto. Era una diócesis muy extensa -160.000 km<sup>2</sup>-, poblada por unos 460.000 habitantes, casi totalmente falta de comunicaciones, donde se daban todos los climas y las situaciones más variadas. El liberalismo extendía sus doctrinas contrarias a la religión. Ezequiel, apoyándose en las encíclicas de Pío IX y León XIII, desenmascara los falsos irenismos de los que quieren conciliar lo que él cree irreconciliable, en sermones, pastorales y circulares. Una de sus principales tareas fue la visita pastoral a su amplísima diócesis. No se daba descanso en promover toda obra buena. Estas visitas eran siempre largas y extenuantes. El clima, los caminos, las

posadas, los traslados agotadores ... A veces regresaba con la salud quebrantada. En Pasto dio gran impulso a las misiones populares y a la instrucción religiosa.

Con frecuencia predicaba y se sentaba a confesar. Visitaba a los seminaristas, el orfanato, el hospital, la cárcel. Con un grupo de jóvenes formó un instituto religioso femenino dedicado a la enseñanza de la doctrina cristiana a los analfabetos. Un cuidado muy especial dedicó a los pobres, a los enfermos y a las monjas de clausura, y fue sobre todo un misionero. Sacaba las fuerzas de su prolongada oración, su austera penitencia y sus devociones preferidas: el Sagrado Corazón, la Eucaristía y la Virgen María.

En 1905 se le declaró un tumor maligno. «Me he puesto en las manos de Dios -escribió-. Él hará su santa voluntad». Ezequiel seguía una vida normal de trabajo. Le obligan a viajar a España. A principios de 1906 es operado por dos veces en Madrid. Soporta terribles dolores, la segunda vez sin anestesia, «sin una queja, con heroísmo santo». Consciente de la proximidad de su fin, el 31 de mayo abandona Madrid y viaja a Monteagudo: «Voy a morir al lado de

mi Madre, la Virgen del Camino». El 19 de agosto, con la mirada fija en el crucifijo, expiró. Poco antes había enviado al Papa un telegrama de adhesión, cerrando así una vida consagrada enteramente al servicio de Dios y de la Iglesia.

La fama de santidad que le había rodeado en vida, creció con su muerte. Pronto se iniciaron los procesos sobre su vida y virtudes. Por fin fue beatificado en Roma por Pablo VI y canonizado por Juan Pablo II el 11 de octubre de 1992 en Santo Domingo, que lo propuso como modelo de pastores: «San Ezequiel Moreno, con su vida y obra de evangelizador, es modelo para los pastores, especialmente para los de América Latina, que bajo la guía del Espíritu Santo quieren responder con nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión a los grandes desafíos con que se enfrenta la Iglesia latinoamericana».

(Texto de J. López Melús)

N.B. Tanto en el proceso de beatificación como en el de canonización los dos milagros reconocidos fueron sendas curaciones del cancer.



### Nota crítica sobre su cruzada frente al liberalismo

A su regreso de su Visita ad límina en Roma, Colombia vive en 1899 la más trágica revuelta, combatida con odio fratricida y persecución violenta contra la Iglesia, que también se extendió a Pasto incluso antes de llegar el obispo Moreno a esta diócesis. Los ataques de la prensa no se hicieron esperar a la actitud antiliberal de Ezequiel Moreno, y éste no dudó en rechazar todo cuanto sonase a liberalismo y censurar la colaboración de los católicos con los liberales. “El liberalismo es pecado”, afirmaba una y otra vez. “Era su obsesión el liberalismo, y tema común de sus enseñanzas a fieles y párrocos”, dice Ignacio Monasterio, y junto con esto, la preocupación constante por la glorificación de Dios y salvación de las almas. Con todo, el obispo Moreno no acertó “a esquivar los peligros de la lógica emocional y de la simplificación doctrinal”, en palabras de Martínez Cuesta. En efecto, Ezequiel Moreno, como otros pastores de la Iglesia, habló y escribió sin la suficiente preparación en filosofía, teología, política, historia, psicología y sociología para debatir intelectualmente sobre las grandes cuestiones del liberalismo. La información de que disponía no era completa y las lecturas que hacía eran de signo integrista o filointegrista, como El Siglo Futuro, de Necedal. (Rafael Lazcano González, en DB, de la R. A. de la Historia)